

Esther Seligson: la fe en “lo otro”

Ignacio Solares

Para Esther Seligson la literatura debía hacer saltar violentamente las máscaras que llevamos en la vida diaria, empujarnos a trascender nuestros hábitos de pensamiento y de aproximación superficial a las cosas y a los seres, para apreciarlos plenamente, descubrirnos a nosotros mismos —nuestro rostro más oculto— y estar en disposición de atisbar la “otra” realidad, en la que tenía una fe como casi no he encontrado en otro escritor. En su trato personal era tan rigurosa como en su literatura. Creía en una amistad totalitaria, sin fisuras. Soportaba nuestros enojos a cambio de que soportáramos los de ella, que en ocasiones eran explosivos. En noviembre del 91, tuvimos un fuerte encuentro epistolar en la revista *Proceso* —que luego recogió en su libro *Para vivir del teatro*— a raíz de una nota que hizo de mi obra *El jefe máximo*. Le contesté en el mismo tono y me reviró aún con más dureza.

Supuse que era el fin de nuestra amistad. Para mi sorpresa, me habló a los pocos días para irnos a comer. La encontré particularmente cariñosa. Parecía de veras contenta de verme.

—Ahora somos más amigos —me dijo—. Amistad que no soporta un buen pleito no es amistad.

Por eso le gustaba tanto el teatro de Grotowski: porque es un teatro sin máscaras, desnudo, místico. Para Esther, el escritor místico no hacía concesiones con sus creencias, no se entregaba a ningún postor, no se exhibía en el circo literario, no era complaciente y mucho menos autocomplaciente, no acumulaba trucos ni recetas, sino que trataba de superar a cada momento los obstáculos que sus limitaciones —inevitables— religiosas, artísticas, personales, sociales le imponían a su condición humana.

Esther no se conformaba con la maestría adquirida —y vaya si la alcanzó—, sino que estaba siempre dispuesta a ir tras nuevas posibilidades, a empezar, a no aceptar la versión corriente de una supuesta verdad. Si, como editor, uno le hacía una corrección u observación a algún texto suyo, y ella suponía que era acertado, lo reescribía cuantas veces fuera necesario. Para ese crecimiento como persona había que emplear las experiencias más concretas e íntimas —y en su caso algunas fueron terribles, como la muerte de su hijo—, no perderse en actividades exteriores a su oficio, a su vocación, ni coquetear con medios ficticios que no hacían sino distraerla de su obligación: dar testimonio de ese “otro mundo”, que era su fe y su pasión.

A finales del año pasado, me envió dedicado su último libro: *Cicatrices*, editado por Páramo Ediciones. No le había hablado para comentárselo —algo que ella hacía casi enseguida de que recibía un libro mío— y se quejó con nuestro común amigo Antonio Crestani:

—Solares no entiende que un amigo puede enojarse con uno hasta los golpes pero no ser indiferente.

Ésa era Esther.

No le había hablado porque, me dije, primero debía leer el libro con suma atención. Su muerte se me anticipó —la muerte es por esencia la anticipadora— y ya sólo me queda decirle, desde mi más acá, que me gustó mucho, como casi todo lo que escribía. De uno de los textos de *Cicatrices*, “Ella, mi madre” —publicado en mayo de 2009 en esta misma revista, por cierto—, rescato esta línea, que es como un guiño que me lanza desde ahí donde esté:

“Nacer es llevar anclas y morir llegar a puerto”.